

## CHRISTOPHER HITCHENS

### *Un alegato racional y moral contra la religión*

JAVIER MONSERRAT

Universidad Autónoma de Madrid

**El ateísmo de Hitchens responde al mismo estilo del de Harris. Dedicado al periodismo durante años intervino en informaciones, polémicas y discusiones políticas de todo tipo. Muchos de sus libros se refieren a temáticas sociales y políticas relacionadas con el periodismo. Destacó como un decidido *leftist*, de orientación socialista, pero acabó siendo definido como un intelectual esencialmente anti-totalitario. A lo largo de los años, colaboró en numerosas publicaciones y revistas de prestigio como periodista. Desde siempre su posición fue en extremo crítica para con la religión y el cristianismo. Sin embargo, la explosión anti-teísta no se produjo hasta después del atentado del 11 de septiembre de 2001.**

Como Harris, también Hitchens está persuadido de que la religión no sólo es irracional sino que representa un inmenso peligro para la humanidad, y también para la felicidad natural del hombre bien entendida. Es conocida su evolución hacia posiciones más de derecha política, incluso llegando a apoyar la defensa militar decidida contra el mundo irracional del islam (en la línea de Bush). Por ello no se puede ser neutral en la consideración de lo religioso. No basta con ser ateo, puesto que se debe mantener un decidido compromiso anti-teísta que contribuya a que la humanidad se libere finalmente de las religiones. Sin embargo, aunque la agresividad de Hitchens contra lo religioso es extrema, sin embargo, yo diría que su posición es algo más suave que la de Sam Harris. Creemos que es más moderado y matizado Hitchens que Harris. Basta atender al hecho de que el eje de la crítica intelectual de Harris es la postulación del *fin de la fe*, sin embargo, Hitchens cree que la fe difícilmente será erradicada porque nace de fantasmas ancestrales de la mente que difícilmente se erradicarán. Pero, a pesar de que la religión vaya a pervivir, debe ser combatida y anulada al máximo su influencia. Por ello, Hitchens, al igual que Harris, es pasionalmente anti-teísta y denuncia que la religión está ejerciendo sobre la humanidad una influencia nefasta que debe ser neutralizada en cuanto de nosotros dependa.

Tanto el teísmo y la religión como el ateísmo y la increencia se entienden siempre en función del silencio-de-Dios. Traduciendo la posición ateísta en forma de argumentos el fundamento es siempre científico-filosófico: es el primer argumento de que la razón humana, en la ciencia y en la filosofía, no permite justificar que exista algo así como lo que se denomina Dios. Estamos en el universo y es un hecho que nuestro conocimiento del universo excluye la existencia de Dios. El ateísmo se funda en lo cosmológico (incluyendo la biología, la neurología y la antropología). Hitchens, al igual que Harris, es periodista y su formación lo mantiene alejado de la discusión de aportaciones científicas, o de finos argumentos filosóficos sobre el universo, para justificar el ateísmo. Que Dios es irracional se establece como supuesto. Pero, dada la objetividad de los argumentos cosmológicos, yendo más allá, incluso la misma idea de Dios, en el supuesto de que Dios existiera, es contradictoria con la realidad de experiencia inmediata en sus aspectos humanos y sociales:

- a) Es contradictorio con la idea de Dios que el universo pueda ser explicado sin Dios (si Dios crea el universo, ¿por qué el universo separa racionalmente de Dios?). Esto no tiene sentido.
- b) Es además contradictoria con la idea de Dios la existencia del Mal producido por una naturaleza ciega (¿tiene sentido creer que existe un Dios cruel autor de una creación que impone el sufrimiento de los individuos y de los pueblos? ¿Acaso el universo no es un universo mal hecho, incompatible con una pretendida bondad divina?).
- c) Es, por último, contradictoria con la idea de Dios la inmensa perversión moral de las religiones y los daños producidos por estas a la sociedad humana a lo largo de la historia por el atraso, la superstición, la represión moral, el dominio y control teocrático, la represión por torturas y violencia, así como por haber sido germen de la violencia y las guerras. En

efecto, ¿tiene sentido pensar que existe un Dios que, si existiera y estuviera presente en las religiones, debería haberlas impulsado hacia el bien de acuerdo con la dignidad humana?

¿Dónde situar el ateísmo de Hitchens y su crítica a la religión? Me atrevería a decir que se sitúa claramente en el segundo y tercer punto del párrafo anterior. Principalmente en el tercero. Hitchens no es un científico ni un filósofo. Hitchens denuncia la incompatibilidad de la idea de un Dios bueno con el Mal sin control e indiscriminado de una naturaleza ciega y, sobre todo, denuncia la incompatibilidad de Dios con la perversión del mundo de las religiones. Tras el 11 de septiembre de 2001 aparecen en 2007 las dos obras principales de Hitchens sobre el ateísmo: *God is not Great* y *The Portable Atheist*, esta última una antología de textos ateos de toda la historia, que se han traducido al español respectivamente con los títulos de *Dios no es bueno* y *Dios no existe*. Los títulos en español han buscado radicalizar el radicalismo de Hitchens, pero en alguna manera lo traicionan. *God is not Great*, a mi entender, no quiere decir que Dios no es bueno (cosa que no se excluye), sino que Dios no es el conductor cualificado y grande (*Great*) que debería haber llevado las religiones al bien, porque éstas muestran en la historia, a juicio de Hitchens, una inmensa perversión de todo tipo. Es lo que describe a lo largo de los capítulos de su libro.

La agresividad de Hitchens contra la religión es enorme. No sólo por recordar y describir hechos que, al fin y al cabo, son ciertos, aunque redunden en bochorno de las religiones, al menos desde nuestra perspectiva actual. Es que, además, Hitchens no se reprime en espetar todo tipo de insultos y generalizaciones injustificadas, poco matizadas, que no sólo son ofensivas, sino crueles y despreciativas para la casi totalidad del género humano, que ha sido religioso. No obstante, como decíamos, su posición parece más moderada que la de Harris, y debemos decirlo en honor a la verdad. A veces hay asomos de que parece reconocer cosas que Harris ignora por completo. Así, Hitchens, aunque defiende que la religión es irracional, parece a veces reconocer que, en último término, no se puede demostrar que Dios exista o no exista, dejando entonces, al menos a nuestro entender, una puerta abierta a la incertidumbre metafísica de fondo. Además, reconoce también que la religión no podrá ser erradicada porque representa instintos muy fuertes insertos en la naturaleza humana. Reconoce incluso que las religiones hayan podido tener una función personal y social de consuelo, y aunque hayan sido un error han producido algún tipo de beneficios que no excusan que hoy deba mantenerse una militancia anti-teísta.

#### LOS ARGUMENTOS DEL ATEÍSMO

«Los argumentos a favor del ateísmo —nos dice Hitchens— pueden dividirse en dos categorías principales: los que ponen en duda la existencia de Dios y los que demuestran los efectos perniciosos de la religión. Quizá sea mejor ampliarlo un poco diciendo que lo que se pone en duda es la existencia de un Dios que interviene. A fin de cuentas, la religión es más que la fe en un ser supremo. Es el culto de ese ser supremo, y la creencia en que se han dado a conocer sus deseos, o es posible determinarlos» (*Dios no existe*, pp. 28-29).

Crear simplemente en la existencia en un Ser Supremo, como hacían los masones Jefferson y Paine, próceres de la independencia americana, sería sólo un deísmo ilustrado (propio del siglo XVIII). Pero la religión cree que Dios interviene en la historia del mundo y que ha diseñado la creación para un proyecto de relación con el hombre. Esta pretensión interventiva de Dios en la historia hace a las religiones mucho más irracionales porque la realidad no es compatible con la intervención divina, por el absurdo ciego del Mal natural y por la perversidad humana y de las religiones. Se argumenta, por tanto, que Dios no existe: *a*) porque la razón que estudia el cosmos no tiene argumentos para pensar que sea real, y *b*) porque los efectos perniciosos de la religión dejan sin argumentos la pretensión de que Dios intervenga en la historia.

«Sigue habiendo cuatro objeciones irreductibles a la fe religiosa: que representa de forma absolutamente incorrecta los orígenes del ser humano y del cosmos; que debido a este error inicial consigue aunar el máximo de servilismo con el máximo de solipsismo; que es causa y consecuencia al mismo tiempo de una peligrosa represión sexual; y que, en última instancia, se basa en ilusiones» (*Dios no es bueno*, pp. 18-19).

El error esencial de las religiones es, pues, creer que Dios es el fundamento creador del universo y del hombre. Pero de esa creencia se deriva entender que todo tiene una finalidad que va orientada a solo el hombre (solipsismo), sin darse cuenta de que el universo es un proceso universal en que el hombre apenas es una anécdota.

«Todo ello satisface nuestra estupidez innata, así como nuestra disposición a dejarnos convencer, pese a todas las pruebas en contra, de que sí somos el centro del universo, y de que todo está dispuesto pensando en nosotros. Este penoso solipsismo se puede rastrear en todos los argumentos que rechazan (cada vez más desesperadamente) las interpretaciones propuestas por las escuelas de Darwin y Einstein. Ahora disponemos de explicaciones mejores y más sencillas del origen de las especies y del universo. ("Más sencillas" sólo porque son comprobables y coherentes, no porque no sean muchísimo más complejas.) Bueno, vale, objeta el creyente; supongamos (¡ya era hora!) que son ciertos los registros de la evolución natural, y los datos del Hubble acerca del *big bang*. ¿No es la demostración de que el creador de todo lo que existe aún era más ingenioso de lo que pensábamos? Trataré de poner fin a la triste vida de este argumento con la ayuda de otras personas que serán citadas *in extenso* a lo largo del libro (los autores de la antología atea). Supongamos que es cierta la premisa de los religiosos, la de que alguien, o algo, estuvo "presente en la creación", y que dio la orden para que explotase la materia, y para que más tarde comenzase el proceso evolutivo sobre nuestro planeta. No entiendan por qué esta premisa es imposible de demostrar. Reconozcámosla de todos modos. A fin de cuentas, tampoco se puede refutar con contundencia; ni esa, ni ninguna otra premisa que no se apoye en pruebas» (*Dios no existe*, p. 21).

Hitchens, por tanto, entiende que la ciencia moderna explica el universo sin Dios y que los supuestos del teísmo religioso son innecesarios, a saber, la existencia de un ser supremo presente en el nacimiento del universo como creador y diseñador de su proceso evolutivo. Hitchens, sin embargo, aunque establece con dogmatismo que la ciencia moderna ha dejado sin fundamento al teísmo clásico, parece abrir una puerta a la incertidumbre. En realidad nosotros sabemos que el enigma del universo abierto por la ciencia moderna es mucho más serio y profundo que las concesiones arrogantes y perdona-vidas de Hitchens. El universo presenta el enigma de su consistencia y estabilidad, del origen causal que ha producido su orden evolutivo interno con una inequívoca orientación antrópica, y del origen de la sensibilidad y de la conciencia. Hoy en día, sólo desde un trasnochado dogmatismo, fuera ya de su tiempo, de la epistemología moderna, y de la valoración de los resultados reales de la ciencia, puede negarse el enigma profundo que el universo y el proceso evolutivo imponen a la ciencia y a la filosofía.

«No hay equivalencia moral o intelectual sobre los distintos grados de incertidumbre. Lo que suelen decir los ateos (aunque Victor Stenger tenga la audacia de ir un poco más lejos) es que no se puede probar la existencia de una deidad. Sólo se puede constatar la carencia de pruebas que la respalden. El teísta tiene la opción de ser un simple deísta, y decir que la magnificencia del orden natural apunta con fuerza a la existencia de una fuerza ordenadora. (Fue el planteamiento que adoptaron, por lo menos en público, enemigos de la religión como Thomas Jefferson o Thomas Paine.) En cambio, la persona religiosa debe ir forzosamente más allá, diciendo que la fuerza creadora en cuestión también es una fuerza que interviene, a la que le importan nuestros asuntos humanos y a la que le interesa qué comemos, con quienes tenemos relaciones sexuales y cuál es el desenlace de nuestras guerras y batallas. Afirmarlo equivale lisa y llanamente a afirmar más de lo que puede pretender saber cualquier ser humano; de ese pie cojea y por eso habría que rechazarlo; por eso hace tiempo que tendría que haberse rechazado» (*Dios no existe*, p. 22).

Por consiguiente, la pretensión de las religiones de conocer el hecho, la forma y el sentido, de una intervención de Dios en la historia del mundo se constituye en el argumento complementario esencial en contra de la religión. El mundo real como escenario de la historia humana es tan absurdo que, en relación con la divinidad, lo único que hace es constituirse en argumento de su no existencia. Las religiones han sido inventadas por el hombre y ha sido éste el que las ha diseñado como un instrumento de represión. Pero, ¿por qué existen las religiones? La única respuesta es la que dio Freud: porque constituyen una ilusión y un sueño evasivo de la realidad molesta de la vida humana.

## INCRECIBILIDAD Y ANTI-HUMANISMO DE LAS CREENCIAS RELIGIOSAS

Ahora bien, las religiones no sólo son inaceptables para Hitchens porque el universo objetivo no permite argumentar su existencia y porque es injustificable tratar de hallar las huellas de una intervención divina en la historia del mundo, que sería absurda por el Mal y por la perversidad religiosa, sino porque el estudio racional de las afirmaciones contenidas en la fe religiosa son totalmente irracionales e inaceptables en sí mismas. Son historias, mitos, narraciones, que son inverosímiles y desbordan para Hitchens toda credibilidad.

«Hay cosas que se pueden creer, y otras que ni por asomo. Por mi parte, puedo elegir creer que Jesús de Nazaret fue engendrado en Belén por una virgen, y que más tarde murió y no murió, ya que fue visto por seres humanos tras su aparente defunción. Más tarde uno ha dicho que la propia inverosimilitud de la historia la hace un poquito más probable. Supongamos, pues, que admito el nacimiento virginal y la resurrección. Los religiosos siguen teniendo todo el trabajo por delante. Aunque se confirmaran estos hechos, no demostrarían que Jesús era hijo de dios. Tampoco probaría que sus enseñanzas fueran ciertas o morales. Tampoco que haya un más allá o un juicio final. Del mismo modo, si se verificasen sus milagros, quedaría como uno de tantos chamanes y magos (muchos presentes en el Antiguo Testamento) que al parecer eran capaces de obrar prodigios por arte de hechicería» (*Dios no existe*, pp. 22-23).

«He aquí, sin embargo, algo en lo que no puede creer nadie. La especie humana lleva existiendo como *Homo sapiens* al menos ciento cincuenta mil años (no discutamos el número exacto): un solo instante en términos evolutivos, pero una larga historia desde el punto de vista de los primates con cerebros [e imaginaciones] de un tamaño como el que podemos aducir nosotros. Para suscribir una religión monoteísta hay que creer que durante todo ese tiempo nacieron, vivieron y murieron seres humanos, muchos de ellos durante el parto, o por falta de alimentos básicos, y con una esperanza de vida de cómo máximo tres décadas. Añádanse a estos factores las guerras intestinas entre grupos y tribus discrepantes, epidemias de una magnitud alarmante sin ninguna teoría de gérmenes que pudiera, no ya paliarlas, sino explicarlas, y toda una serie de desastres naturales, con un reguero de tragedias humanas. Pues bien, durante todos esos milenios el cielo observaba con indiferencia, hasta que (como máximo en los últimos seis mil años) decidió que era hora de intervenir, y redimir. ¡Y el cielo sólo quiso intervenir y redimir en zonas apartadas de Oriente Próximo, haciendo así que apareciesen muchas más generaciones antes de que pudiese difundirse la nueva! Voy a dar voces por el Sinaí, y a hacer un pacto con una sola tribu de paletos tozudos y codiciosos... Voy a pedirle al ángel Gabriel que haga emprender vuelos retóricos a un mercader analfabeto e inculdo. ¡Por fin se disparará la oscuridad que impuse! Estar dispuesto ni que sea a plantearse unas ideas de tan laboriosa insensatez comporta mucho más que la suspensión de la incredulidad, o que la credulidad tonta que provocan los trucos de magia» (*Dios no existe*, pp. 23-24).

El contenido, pues, de las afirmaciones que constituyen las creencias religiosas es, para Hitchens, completamente inverosímil. En estos textos se refiere a las creencias cristianas, que refiere con comentarios irónicos desde una arrogancia instalada en el dogmatismo, sin duda ingenuo, pero lo mismo podría decir de las otras religiones. En descargo de Hitchens cabe observar que no es responsable de la idea del cristianismo a que le ha inducido un tipo de cristianismo muy simple, ingenuo, anclado en el pasado y en una vivencia de creencias no armonizadas con el logos de nuestro tiempo. Hitchens habla del cristianismo a partir de las cuatro o cinco cosas que conoce desde pequeño y que observa en el cristianismo popular. Sin embargo, cuando un autor serio emprende una descalificación del cristianismo como la suya, parece moralmente exigible una información, un esfuerzo por entender con mayor precisión lo que dice el cristianismo, en un cierto nivel intelectual, y cuál es para los cristianos subjetivamente el sentido de su fe (esto puede hacerse con objetividad y rigor sin necesidad de aceptar las creencias). No hay ningún rasgo de que Hitchens haya entendido ni de lejos lo que dice la teología cristiana. Hitchens no entiende ni siquiera lo que constituía la teología clásica cristiana. Mucho menos conoce los esfuerzos modernos por hallar nuevas hermenéuticas del cristianismo. Las religiones son siempre un proceso abierto en evolución y, si se pretende un juicio actual, absoluto, no pueden reducirse a lo que fueron en el pasado hace diez siglos. El cristianismo que se expone, entendido desde el logos de la modernidad, no tiene nada que ver con el cristianismo al que se refiere Hitchens. Pero no tengo la pretensión de que Hitchens conociera aportaciones difíciles de

acceder. En la misma cultura anglosajona cristiana hay autores como Barbour, Peacocke, Polkinghorne o Ellis, entre otros muchos, que desconoce por completo y que debería haber conocido, al menos si tenía la pretensión de hablar con una cierta competencia. Por ello, la valoración que Hitchens hace de la religión es emocional, incompetente técnicamente, caricaturesca, exaltada y agresiva. Además, es ofensiva, no sólo para con un inmenso número de intelectuales creyentes, sino para con la inmensa mayor parte de la humanidad que ha sido y sigue siendo religiosa. Hitchens hace pasar lo singular por universal: es cierto que en las religiones ha habido tortura y violencia, pero la mayor parte de los religiosos no han sido así.

En el texto que sigue, se refiere Hitchens a una consideración clásica en la historia de las críticas a la religión: que afirmar a Dios como poder superior opresivo destruye al hombre, destruye su libertad y, por tanto, la religión es anti-humanística. Concedemos que en momentos pasados de la historia del cristianismo el enfoque hermenéutico teocéntrico y teocrático indujo una visión de Dios opresivo y controlador. Pero, insistimos, no se puede pensar con anacronismos y creer que el pasado es el presente. La caricaturesca exposición que Hitchens hace de la religión se hace más evidente sólo si se recuerda, según lo aquí expuesto, la hermenéutica del cristianismo desde la modernidad, en la cultura de la incertidumbre, permite entenderlo precisamente como la religión de la libertad.

«Actualmente todavía hay científicos (pocos, todo sea dicho) convencidos de que sus descubrimientos son compatibles con la fe en un creador. Tal vez no puedan establecer una relación lógica entre lo uno y lo otro, ni pretendan hacerlo, pero demuestran la extrema tozudez con la que personas inteligentes se aferran a opiniones sin fundamento. En todo caso no cabe duda de que la forma original de tiranía del hombre sobre el hombre, y del hombre sobre el pensamiento del hombre (a veces llamada totalitarismo), era teocrática, y nunca se derrotará del todo el absolutismo o la arbitrariedad si no se tiene la lucidez de rechazar a cualquier dictador cuya autoridad se base en lo sobrenatural. Yo mismo he intentado formular una posición que he llamado *anti-teísta*. A fin de cuentas, hay ateos que dicen que les gustaría que fueran verdad los mitos, pero que no pueden suspender la incredulidad como es debido, o bien les entristece haber renunciado a la fe. Mi respuesta es la siguiente: ¿a quién le parece deseable la existencia de un despotismo celestial permanente e inalterable que nos someta a una vigilancia continua, pueda condenarnos por delitos de pensamiento, y nos considere como su propiedad privada incluso después de nuestra muerte? ¿Cuánto debería alegrarnos la idea de que no haya una sola prueba respetable de apoyo de tan horrible hipótesis! ¡Y cuánta gratitud deberíamos sentir hacia nuestros predecesores que repudiaron esta negación absoluta de la libertad humana! Mucho antes de Darwin, Einstein, y hasta Galileo, hubo mucha gente que no se dejó engañar por lo que decían los rabinos, los curas y los imanes. Antiguamente, este rechazo solía exigir un valor extraordinario» (*Dios no existe*, p. 26).

#### EL ANTI-TEÍSMO Y LA ALTERNATIVA DE UNA EDUCACIÓN PARA LA FELICIDAD NATURAL

«El debate sobre la fe —explica Hitchens— es el origen y fundamento de todas las discusiones porque representa el comienzo (pero no el final) de todas las discusiones acerca de la filosofía, la ciencia, la historia y la naturaleza humana. Es también el comienzo (pero en modo alguno el final) de todas las disputas sobre la vida buena y la ciudad justa. La fe religiosa es imposible de erradicar precisamente porque somos criaturas que todavía estamos evolucionando. Jamás sucumbirá; o, al menos, no sucumbirá hasta que superemos el miedo a la muerte, a las tinieblas, a lo desconocido y a los demás. Por esta razón, no la prohibiría ni siquiera en el caso de que pudiera hacerlo. Usted dirá: es muy generoso. Pero, ¿serán los creyentes igual de indulgentes conmigo? Lo digo porque hay una auténtica e importante diferencia entre mis amigos religiosos y yo, y los amigos auténticos e importantes son lo suficientemente honrados para reconocerlo. Me conformaría con poder acudir a los ritos con que se acoge la maduración religiosa de sus hijos, con maravillarme ante sus catedrales góticas, con “respetar” su fe en que el Corán fue fruto de un dictado, aunque fuera exclusivamente en árabe y a un comerciante analfabeto, o con interesarme por el consuelo que ofrecen las religiones neopaganas, el hinduismo o el jainismo. Y, si es así, seguiré haciéndolo sin insistir en que me prodiguen cortés y recíprocamente idéntico trato... que consiste en que ellos, por su parte, *me dejen en paz*. Pero, en última instancia, la religión es incapaz de hacerlo. Mientras escribo estas palabras, y mientras usted las lee, las personas de fe planean cada una a su modo destruirnos a

usted y a mí y destruir todas las magníficas realizaciones humanas que he mencionado y que han costado tanto esfuerzo. La religión lo emponzoña todo» (*Dios no es bueno*, p. 27).

Hitchens, por tanto, conviviría con las religiones, hasta este punto llegaría su bondad, pero el problema es que las religiones tienen en su propia esencia la violencia y no pueden dejar de maniquinar cómo destruyen a los que no aceptan su credo. Por ello, no caben las actitudes moderadas y contemporizadoras. Lo único que tiene sentido es el anti-teísmo, no basta con ser ateo y dejar vivir... Hitchens pide a las religiones que *le dejen en paz*... Esto, como explicamos en otro momento de este ensayo, no es posible. Las religiones, sin violencia alguna, simplemente por estar en la historia (y tienen todo el derecho a estar) siembran una inquietud inevitable sobre el enigma metafísico final que pesa sobre la conciencia de los increyentes. Esto es un hecho inevitable.

«A veces se dice que no creer en un despotismo celestial temible y tentador convierte la vida en algo árido, tedioso y cínico, un mero existir sin ningún tipo de consuelo, ni de conciencia de lo numinoso y lo transcendental. Tonterías. Para empezar incurre en un error evidente. Es como decir que no deberíamos creer que somos una especie animal con componentes defectuosos y una duración reducida, tanto en nuestro caso como en el del planeta, porque las consecuencias de creerlo podrían resultarnos desagradables o vergonzosas. ¿Hay algo que ponga más de manifiesto los efectos perniciosos de negarse a ver la realidad? Partiendo de la base (como reconoce implícitamente esta objeción religiosa) de que para el ser humano vale la pena vivir, se puede luchar contra este pesimismo natural mediante el estoicismo y el rechazo de las ilusiones, a la vez que se embellece el panorama con alguna de las siguientes cosas. Están las bellezas de la ciencia y las maravillas extraordinarias de la naturaleza. Están el consuelo y la ironía de la filosofía. Están los esplendores infinitos de la literatura y la poesía, sin descartar sus aspectos litúrgicos y devocionales, como los que aparecen en John Donne y George Herbert. Está el formidable recurso al arte, la música y la arquitectura, sin descartar tampoco en este caso los elementos que aspiran a lo sublime. En todas estas actividades, cada una de las cuales daría para toda una vida, se puede encontrar un sentido del sobrecogimiento y de la magnificencia que en absoluto dependen de ninguna invocación a lo sobrenatural. Es más: difícilmente a una persona armada de arte, cultura, literatura y filosofía le despertarán algo más que aburrimiento y náuseas los cuentos de fantasmas, ovnis, experiencias espiritistas o balbuceos desde el más allá» (*Dios no existe*, p. 27).

«Con gran frecuencia se alega que algún tipo de poder o relevancia debe de tener la religión cuando aparece tan constantemente en cualquier época y lugar. Esto nunca lo negarían ninguno de los autores reunidos en este libro (los autores de la antología atea seleccionados por Hitchens en su obra *Dios no existe*). Algunos de ellos sostendrían que la religión forma una parte tan intrínseca de nuestra naturaleza humana o animal, que de hecho no se puede erradicar. Por si a alguien le interesa, es lo que pienso yo. Mientras tengamos miedo a la muerte, o de la oscuridad, y mientras persistamos en nuestro egocentrismo, difícilmente dejaremos de fabricar dioses, o de inventarnos ceremonias de su agrado, y eso podría significar mucho tiempo. En contrapartida, podemos tener la misma seguridad en que seguiremos mirando nuestras invenciones con escepticismo, ironía y hasta ingenio. Si la religión es innata a nosotros, también lo es dudar de ella y despreciar nuestras debilidades» (*Dios no existe*, p. 28).

Estamos de acuerdo en que el ateo, dentro ya de su visión metafísica de la vida, debe intentar la felicidad y tiene muchos elementos para conseguirla hasta un cierto grado. Pero al final es inevitable que todo acabe en fracaso y en muerte. Puede mantenerse firme en su ateísmo como hizo Hitchens en el penoso curso de su enfermedad (relatado en *Mortalidad*, 2012). Pero la fragilidad de la felicidad natural es lo que ha impulsado a la mayoría de los hombres a la esperanza de que pudiera haber un Dios oculto y liberador.

Estamos también de acuerdo con Hitchens cuando dice que mientras tengamos miedo a la muerte existirá la religión. Es verdad. Pero yo diría que la religión sigue siendo una opción viable porque la ciencia y la filosofía, y por la intuición ordinaria, el hombre sigue instalado en la incertidumbre metafísica. Estamos de acuerdo en que las religiones han obrado, y siguen obrando, muchas perversidades. Lo lamento profundamente, aunque la historia no debe juzgarse con anacronismo. Pero ni Hitchens ni nadie, a no ser que se halle extemporánea y extravagantemente en un dogmatismo caducado, puede negar que no puede demostrarse la no existencia de Dios: es posible argu-

mentar que es verosímil el ateísmo y que es verosímil el teísmo, en un marco final de incertidumbre metafísica. Por ello, seguirá habiendo teístas y ateos en una cultura de la incertidumbre como resultado de un ejercicio de la capacidad personal libre de orientar el sentido metafísico de la existencia. No ponemos en duda que el ateísmo sea posible, legítimo, honesto moralmente, que pueda construirse con argumentos lógicos en lo cosmológico, en la duda de Dios por el mal de una naturaleza ciega o por la perversidad humana general y de las religiones. El enigma del universo y el silencio-de-Dios permiten construir un ateísmo respetable y humanamente rico. Pero el ateísmo de Dawkins, de Harris o de Hitchens, no es este tipo de ateísmo. Sus argumentos no son correctos y hacen del ateísmo un espectáculo de odio, agresividad y desprecio de la mayoría de los seres humanos. Es un ateísmo que no es humano, no es solidario con el hombre ni siente el más mínimo respeto, ternura y compasión con la humanidad sufriente. En el fondo, se trata de un ateísmo agresivo y descalificador que cae en aquello que quiere denunciar: la intransigencia, el fanatismo, el dogmatismo, y, en el fondo, hasta la misma irracionalidad.

[Texto básico escrito para Tendencias21.net,  
editada por la Cátedra CTR, Escuela Técnica Superior de Ingeniería,  
Universidad Comillas, Madrid]

JAVIER MONSERRAT

